



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12210

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

CONDICIONES

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

SABADO 26 DE JULIO DE 1902

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL APEADERO DE LOS MOLINOS

Día de extraordinario júbilo fué el de ayer para el barrio de los Molinos. En él contempló realizada su aspiración más grande, y al ver el apeadero concluido y frente á él, parado, el tren inaugural, se sintió poseído del entusiasmo de las grandes victorias y se vistió de fiesta.

El caso no era para menos; se encontraba de pronto en posesión de una mejora que juzgó siempre irrealizable, é hizo para celebrar-la todo lo que pudo: si más pudiera mas hubiese hecho.

Desde que por la dirección de la compañía ferroviaria fué señalado el día de la inauguración, no ha habido en los Molinos más anhelo que la llegada de ese día; y cuantas horas han transcurrido desde aquel momento, han sido consagradas, ya por unos vecinos, ya por otros, á los preparativos de las fiestas.

—Que no se diga que lo que tanto hemos anhelado lo vemos con indiferencia—decían los unos habitantes á los otros influenciados por el temor de que los demás no supieran desposeerse de la pereza musulmana que tanto nos distingue en todo tiempo, pero más que en ninguno en este del verano. Mas los temores han sido baldíos; el regocijo reclamó sus derechos é hizo una exhibición de fuerzas tan grande, que cualquiera que las hubiese contemplado sin saber de lo que se trataba, creyera que las galas de luces y colores que ha lucido el barrio los últimos días, eran por alguna victoria, por algún descubrimiento notable, por algo, en fin, de índole resonante, superior en importancia á la que tiene el acto de que comienza á funcionar un apeadero.

«Algo tiene el agua cuando la bendicen.»

Es verdad; algo tiene ese apeadero para que haya resultado extraordinario todo lo que con él se relaciona; pero ya hablaremos de eso cuando llegue el caso, es decir cuando le toque el turno.

LABOR REALIZADA

Las gestiones particulares para la concesión del apeadero datan de largo tiempo; pero las oficiales que han dado el fruto deseado son de época reciente.

Cuando el tranvía urbano tendió la línea directa á los Molinos, la compañía ferroviaria clausuró el paso á nivel antiguo, cerrando definitivamente la comunicación entre San Antonio Abad y el barrio mencionado.

Considerándose lesionados los vecinos de uno y otro pueblo, acudieron al señor Progreso solicitando sus consejos; y el famoso abogado, que está siempre propicio á defender á lo que de él se solicita, sobre todo si el solicitante es los Molinos, á los que tiene particular afecto, tomó á su cargo estudiar el asunto y obrar en consecuencia. Fué aquel día el primero en que se habló

de gestionar oficialmente la concesión del apeadero. Algunos apoyó la conveniencia de solicitarlo; los otros los demás y con la desconfianza propia del que sabe que su petición está desatendida, se acordó pedirlo. ¿Qué se perdía con ello?

Pocos días después, el 28 de Abril de 1900, se presentaba en el Ayuntamiento, constituido en sesión, una instancia cu-bierta de firmas, solicitando que se estableciera el antiguo camino que ponía en comunicación á los dos barrios y se gestionara la concesión del apeadero. La corporación municipal lo aprobó, y el alcalde, que lo era á la sazón el señor Sanz, comenzó á gestionar lo pedido.

Los efectos de tales trabajos no se hicieron esperar mucho tiempo. El director de la compañía realizó un viaje para estudiar por sí mismo el asunto. Se pidió informe á la jefatura de la estación de Cartagena. Recorrió ésta en son de amistad al señor don Ginés Peragón, para que le facilitara datos y le obtuviera en cantidad y calidad tan grandes, que bien se pudiera escribir con ellos á la vista la historia entera del barrio de los Molinos, su manera de ser, las causas de su crecimiento y la posición social de sus vecinos, circunstancias todas influyentes de un mayor desarrollo y por consiguiente militantes en favor del apeadero que se solicitaba.

Los terrenos para el emplazamiento se ofrecían gratis y de tal manera debió satisfacer el resultado del estudio, juntamente con la donación mencionada, que en junta celebrada por el comité directivo de la compañía el 8 de Agosto de 1900, se acordó la construcción del edificio.

LAS OBRAS

Comenzaron el día 26 de Octubre de 1901, verificándose en dicho día el replanteo en el centro de una zona de 600 metros cuadrados cedida gratuitamente por el señor Canthal y lo realizó el ingeniero de la compañía, D. José Moreno, director de las obras, á presencia de muchos vecinos que veían con el natural alborozo como encarnaba en la realidad lo que durante muchos años fué sólo una ilusión. Varios de aquellos solicitaron el honor de inaugurar por sí mismos los trabajos y á ello se aplicaron los propietarios D. Pedro Maestro y D. Arturo Roig, comenzando á escavar los cimientos, en tanto que acababan las tierras que producía el golpear de los picos el vecino D. Manuel García y el sacerdote D. Rafael Antunez. Esto da idea del regocijo que sentían todos al contemplar aquellos preliminares de las obras.

EL APEADERO

Ha sido fabricado en siete meses, desde el citado 26 de Octubre de 1901, hasta el 25 de Julio de 1902. En un principio se pensó que fuese modesto y se presupuestaron para edificarlo cinco mil pesetas; pero los propósitos fueron modificados hasta el punto de que se habrá gastado en él un presupuesto tres veces mayor.

Como apeadero puede decirse que es uno de los mejores de España, sin es el mejor. El zócalo es de magnífica aliteria; las paredes de mampostería concertada; los ángulos, jambas, dinteles, cornisa y balaustrada de ladrillo descubierta y el todo ofrece á la vista agradable conjunto por su hermosura y elegancia.

Aparte esto, nos ofrece la obra detalles

de construcción que están pagando al buen gusto del ingeniero que la ha fabricado y tal vez el deseo de la Compañía de distinguir á Cartagena, en uno de sus barrios extramuros, dotándolo del apeadero más lujoso y bonito de cuantos existen en la red ferroviaria española. Así lo aprecian los habitantes de los Molinos y en tal sentido agradecen la distinción.

LOS FESTEJOS

Acontecimiento tan importante como la inauguración de la obra de que hemos tratado á la ligera, no podía pasar inadvertido. ¡Imposible! Los molineros nacidos ó residentes tenían que dar una muestra gallarda de su alegría; y apenas conocida la fecha de la inauguración, se reunieron para acordar el programa de fiestas. Una comisión ejecutiva, presidida por el ingeniero director de las obras del puerto, don Félix Martínez, y formada por numerosos vecinos, fué encargada de hacerlo, y el día 24 en la noche se cumplió casi todo. Los que en dicha noche fueron á los Molinos pudieron recrear la mirada en los variados y bonitos fuegos artificiales que se quemaron en la plaza de Canthal, construida en terrenos cedidos gratuitamente al ayuntamiento por dicho señor. En la plazuela, frente á la parada del tranvía, pudieron contemplar la animadísima verbena allí celebrada, iluminada á giorno con multitud de farolillos á la veneciana y cuatro arcos voltáicos instalados por la Compañía Ahlemeyer. Multitud de fachadas lucían vistosas iluminaciones, sobresaliendo la del señor Alcantud que estaba adornada con multitud de farolillos, la del señor Espa (D. Arturo), el Casino Industrial, el café de Rueda, la tienda del señor Carrión y algunas otras, ofreciendo el conjunto un cuadro animadísimo de luz y de color, nota brillantísima de la alegría de aquel pueblo que se reflejaba en el estallido de los cohetes, el eco de las músicas, el flamear de las banderas, la multiplicidad de los colores y el bullicio de la multitud que discurría gozando de la fiesta.

La verbena se prolongó largo tiempo y no fué culpa de la comisión de festejos si no estuvo á la altura de otras veces.

Cartagena envió contingente grandísimo que se trasladó á ella aprovechando tartanas, tranvías y toda clase de vehículos. Ya tarde, concurrieron gran número de lindas muchachas que lucían el airoso y rico mantón de Manila, llevándose los premios ofrecidos las dos que lucían los mejores mantones.

COHETES Y CAMPANADAS

Un repique general de campanas y un pasacalle tocado por la música, anunciaron en el amanecer del día 25 que había llegado la fecha deseada. Los edificios fueron engalanándose poco á poco con vistosas y multicolores coladuras y el barrio entero se dispuso á celebrar el acontecimiento del día.

Cerca del paso á nivel se levantaba un arco de follaje; á la salida de la calle que va á la estación se elevaba otro arco muy bonito, de follaje también; el apeadero había sido adornado con banderas, así como el Casino Industrial que las lucía con verdadera profusión.

LA CONCURRENCIA

Desde bien temprano comenzó á acudir gente; primero la que por tener parientes entre aquellos vecinos cuentan con refugio

para pasar el día; por la tarde la que no llevaba otro objeto que presenciar la fiesta. Los tranvías, las tartanas, los coches, todos los vehículos llegaban repletos y al volver á la Puerta de Murcia veíanse amantados por el crecido número de personas que esperaba la ocasión de marchar.

Tranvía que llegaba á dicho sitio se llenaba enseguida; y cuando ya no quedaban asientos, se colgaba la gente de los estribos, se lucinaba en las plataformas y se posesionaba de los huecos que quedaban de banco á banco.

A la hora de la llegada del tren había congregados en Los Molinos millares de personas que lo llenaban todo, la carretera, los alrededores de la estación, los cafés, todo en fin.

LAS LIMOSNAS

Es costumbre en este país no celebrar nada sin que los pobres participen del regocijo; y como el alma no puede alegrarse en tanto está vacío el estómago, á horas momentáneamente era tristísima resultancia de las diferencias sociales, se aplicaron ayer los cuidados de la junta de festejos, repartiendo bonos por cuenta de la misma, labor á que contribuyeron, con su bolsillo propio, más ó menos públicamente, varios vecinos.

Y hay que convenir en que la limosna fué muy bien repartida.

EL TREN INAUGURAL

Estaba anunciada su salida para las cinco y media de la tarde y á dicha hora esperaba á los invitados en el muelle de Alfonso XII, frente á las oficinas de las obras del puerto. Se componía de la locomotora, un furgón y cuatro coches de primera clase.

Con diferencia de varios minutos—muy pocos—fueron llegando al tren el Alcalde Sr. Bruguera, los concejales señores Antón, Pareja, Jorquera, Jorquera Martínez, Ibáñez, Blanca, Barco, Vera, Coneas Navarro, Heredia, Román, Bentero, López, Cañete, Fuertes, Moncada (D. José), Gómez, Fuentes, Sanz, Cendra y otros que no recordamos; el señor cura de Santa María de Gracia Dr. D. Juan Manuel Pérez; el gerente del tranvía urbano Sr. Zapata; el administrador delegado de la compañía del Ensanche Sr. Cánovas; D. Luis Canthal, el secretario del Ayuntamiento Sr. Palacios; el juez municipal Sr. Cañete; los arquitectos Sres. Oliver y Egea; el capitán de la guardia civil Sr. Estañ; D. Blas Cánovas, los representantes de la prensa local; el oficial mayor del Ayuntamiento Sr. Carrión y otros señores cuyos nombres no guarda la memoria, todos los cuales fueron recibidos por el distinguido ingeniero de la compañía ferroviaria Sr. Moreno, persona afabilísima cuyo fino trato le gana tantas amistades cuantas son las personas que se relacionan con él por cualquier causa. En esta cuestión del apeadero ha estado tan deferente con los Molinos, que se ha ganado el agradecimiento de aquellos habitantes.

Acomodados los viajeros en los vehículos, dióse la señal de partida, y, no sin emoción por parte nuestra, comenzó el tren á rodar sobre la vía en demanda de Los Molinos á las cinco y treinta y seis minutos de la tarde.

El viaje fué breve: unos cuantos minutos bastaron para llegar á la nueva estación que estaba engalanada con banderas y ro-

denda de gran muchedumbre en la que figuraban muchas y muy lindas mujeres.

Al júbilo de general satisfacción que se escapó de todos los pechos al llegar el convoy, se unieron los acordes de la marcha real ejecutada por la banda del señor Allaga y á los ecos de esa composición grandiosa detuvo el tren su marcha y descendieron los viajeros.

Esperábalos numerosa comisión de vecinos presidida por el Sr. D. Félix Martínez, el cual dió la bienvenida al alcalde, al señor Canthal y á los demás señores.

Aprovechando la ocasión de estar presente el generoso donante del terreno en que se ha edificado la estación, varios vecinos colgaron una tablilla en que se leía Plaza de Canthal, en la pared del apeadero que mira á los terrenos cedidos al ayuntamiento por dicho señor, acto que conmovió de un modo muy visible al señor Canthal.

Antes de salir la comitiva de la citada plaza, un aficionado, el señor Salazar, sacó una instantánea del grupo que formaban los señores Bruna, Sanz y Canthal que empezaron, concluyeron y facilitaron la gestión tan felizmente terminada.

EN MARCHA

Desde el apeadero se encaminaron los expedicionarios al Casino Industrial, precedidos de esta sociedad en pleno, llevando á su frente el estandarte social y seguidos de un gentío fumense que comentaba el acto con entera satisfacción.

Al entrar en la población el alcalde, con los señores Sanz y Canthal, arrojáronles desde una terraza numerosas palomas.

EN EL CASINO

Cuando llegó la comitiva á esta sociedad era tan numeroso el acompañamiento, que se llenaron de pronto todas las dependencias, la terraza y los alrededores, y hubo que esperar algún tiempo á que se despejara un tanto el lindísimo salón de baile para que de él pudiera tomar posesión.

En dicha dependencia fueron obsequiados por la junta de festejos, con pastas dulces exquisitos de los que tan buen nombre han dado al conifero de aquel barrio don Santiago Sánchez, vinos, helados y cigarras.

Terminado el lunch, dieron los expedicionarios una vuelta por algunas calles, para ver algunos edificios, y regresaron al apeadero en espera del tren. Y á la hora anunciada (ocho y media de la noche) emprendieron el viaje de vuelta á la ciudad, entre los aplausos de la multitud que les hizo la más cariñosa de las despedidas.

En resumen: el día de ayer ha sido para Los Molinos de gran regocijo y de satisfacción para todos cuantos de alguna manera han contribuido á proporcionar al cinco barrio la mejora que tanto anhelaba.

Felicitemos á aquellos habitantes por los beneficios alcanzados con el apeadero, pues él les privará de las mil molestias que sufrían al tener que venir á Cartagena para tomar el tren, molestias que, como ayer decían, es necesario experimentarlas para comprenderlas.

Hoy ha comenzado el servicio de trenes y al desaparecer con ello las molestias dichas, surgen ventajas que aquellos habitantes no soñaban siquiera: la de venir á la feria por ferrocarril.

Que sea enhorabuena.

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.